

Título del trabajo: “Subjetividad e institucionalización”¹

Autores: Javier Benyo y Verónica García Viale²

1. Introducción

Un somero relevo por historias del movimiento obrero argentino revela la recurrente ausencia de una serie relatos autobiográficos como fuentes historiográficas. No le faltan fundamentos a la desconfianza de los historiadores. Habitualmente escritas mucho tiempo después de los sucesos narrados, con el subsiguiente reacomodamiento de la mirada retrospectiva de los hechos a la situación actual del narrador, apelan en ocasiones simplemente a la memoria sin intentar algún tipo de contrastación documental de lo narrado, incurriendo por este motivo en numerosos errores históricos. Otra razón de peso para la omisión historiográfica de las autobiografías de militantes del movimiento obrero, puede hallarse en el hecho que son generalmente dirigentes de segunda línea, en el mejor de los casos, quienes se han encargado de escribir sus propias vidas. Esto hace que muchas veces manejen datos de segunda mano o se limiten a comentar resoluciones tomadas en ámbitos en los cuales no poseían acceso.

Sin embargo, para quienes se ubican a un nivel de análisis que no depende tanto de la certeza del dato empírico o la precisión histórica del relato, estos textos se revelan vitales para acceder a las modificaciones que ciertos fenómenos sociales producen en la subjetividad. Uno de estos efectos, las transformaciones producidas por la institucionalización del movimiento obrero en la década de 1930, puede ser apreciado con claridad a través del análisis de las autobiografías de los militantes de aquel entonces. Entre las numerosas autobiografías de militantes sindicales y políticos de los años treinta,³

¹ Trabajo realizado dentro del marco de la investigación UBACyT S092 (2004-2007) del Seminario de Diseño Gráfico y Publicidad de la Carrera de Ciencias de la Comunicación (UBA).

² Institución de pertenencia: Facultad de Ciencias Sociales (UBA) e-mail: benyo@fullzero.com.ar

³ Algunos de estos textos son: Chiarante, Pedro, *Ejemplo de dirigente obrero clasista*, Bs. As., Fundamentos, 1976. Peter, José, *Crónicas proletarias*, Bs. As., Esfera, 1968. Riera Díaz, Laureano, *Memorias de un luchador social*, 2 vol., Bs. As., Edición del Autor, 1981. Vuotto, Pascual, *El proceso de Bragado ¡Yo acuso!*, Bs. As., Reconstruir, 1991.

tomaremos en consideración dos de ellas, las de Domingo Varone⁴ y Liborio Justo⁵, puesto que las observamos paradigmáticas respecto de los modos opuestos de situarse en relación con el fenómeno de la institucionalización.

El relato autobiográfico considerado como “la construcción imaginaria de ‘sí mismo como otro’ ”.⁶ permite reconstruir oblicuamente a partir de la narración autorreferencial de las “vivencias personales” las implicancias de la institucionalización. Estos efectos son visibles tanto al nivel de las prácticas narradas como en las formas que adquiere la enunciación. Puede apreciarse como a veces, negados a nivel de la enunciación explícita, los efectos emergen subrepticiamente en la constitución retórica del discurso. Los efectos de la institucionalización no son homogéneos ni uniformes. La sumisión a los imperativos de lo establecido puede ser la norma, pero no faltan las “honrosas excepciones” capaces de crear sus líneas de fuga para escapar de las tendencias a una subjetividad doblegada ante las potencias de lo instituido.

Antes de continuar debemos responder una pregunta: ¿qué es la institucionalización? La institucionalización, se produce por el reconocimiento político o jurídico del Estado de una forma social como equivalente de las demás. Institucionalizarse es adoptar las formas y las normas instituidas con el fin de existir como institución. El reconocimiento estatal traza un signo de semejanza entre todas las formas sociales que son sometidas al juego de las fuerzas económicas, ideológicas y políticas. Lourau denomina a esta tendencia de lo estatal a dirigir toda la vida social, toda innovación y hasta en ocasiones la acción revolucionaria, principio de equivalencia generalizado. Extensión del concepto económico de equivalencia de las mercancías elaborado por Marx, el principio de equivalencia generalizado apunta a que las nuevas fuerzas sociales generen formas semejantes en mayor o menor grado a las actuales, pero dejando siempre intacto el lugar del Estado como garantía metafísica de lo social.

Respecto del fenómeno de la institución, existen diversas formas de acción política posible. La *acción institucional* se aproxima a la idea reformista de modificar las instituciones desde su interior. Se trata del “buen compromiso”, de la participación cívica

⁴ Varone, Domingo, *La memoria obrera*, Bs. As., La Rosa Blindada-Cuadernos Marxistas, 2004. 2º edición.

⁵ Justo, Liborio (Quebracho), Buenos Aires, Ediciones Gure, 1956, 2ª edición.

⁶ Arfuch, Leonor, *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002, pág 47.

tendiente a conservar o a lo sumo a reformar las instituciones a través de las formas establecidas para tal efecto. La *acción antiinstitucional*, en cambio, se realiza por afuera de los marcos jurídicos previstos y garantizados por el Estado. Respuesta al modo de acción institucional y primer momento de toda actividad revolucionaria, la acción antiinstitucional es una crítica radical, “casi patológica” de lo instituido: “Para la acción antiinstitucional, toda institución es mala porque confisca la energía instituyente de lo social en provecho de las formas en las cuales el Estado es un vampiro”.⁷ Este primer momento de la lucha, en el que se libera la palabra social y al que se le da habitualmente el nombre de “juventud del movimiento”, da lugar a la formación en un segundo momento de las contrainstituciones. Estas nuevas formas sociales que garantizan la supervivencia del movimiento, se caracterizan por ser dinámicas, por combatir la división del trabajo existente y por poner “su legitimidad en la iniciativa de la base y no en un principio jurídico o político fijo”.⁸ Las contrainstituciones pueden tener distintas funciones: organización del combate militar, de la vida cotidiana, de la producción, de la distribución o pueden tomar en cuenta la totalidad de la existencia impulsando el carácter autogestionario global de la sociedad. Aquellos momentos denominados “calientes” por los historiadores, momentos en los que lo instituyente sumerge a lo instituido, son pródigos en la creación de contrainstituciones. El club revolucionario, la comuna, el soviet y la colectividad española son vivos ejemplos históricos que aparecieron como alternativa al sistema institucional existente, a la ideología dominante y a las relaciones sociales impuestas por el modo de producción. En lugar de limitarse a negar las formas sociales existentes, el modo de *acción contrainstitucional*, consiste en actuar a favor de la construcción de nuevas formas sociales experimentales. Entre este último modo de acción y el anterior se da una tensión entre el rechazo de todo y la necesidad de organizarse para sobrevivir y alcanzar un objetivo a un plazo no inmediato.

El efecto Mühlmann es una manera de sobrellevar la institucionalización sin asumir sus contradicciones. La mühlmanización es la realización simulada del proyecto originario que acompaña a su fracaso, la construcción imaginaria de la institución que viene a legitimar los cambios y las orientaciones contrarias al proyecto inicial del movimiento. El estancamiento del movimiento, la pérdida de su capacidad instituyente por un creciente

⁷ R. Lourau. *Libertad de movimientos*, Bs. As., EUDEBA, 2000, pág. 118.

⁸ R. Lourau. “Instituido, instituyente, contrainstitucional”, en Ferrer, Christian (comp.), *El lenguaje libertario*, Montevideo, Nordan – Comunidad, 1991, pág. 36.

proceso en dirección a su institucionalización, provoca que su profecía originaria se transforme en mito fundador de la institución: “El efecto Mühlmann, pronto o tarde, arrastra a las fuerzas sociales más revolucionarias a diluirse y negarse en forma tal que reproducen a las restantes fuerzas sociales institucionalizadas”.⁹ Esta reproducción no se da sólo en el nivel de la ideología, como podría suponer un análisis centrado en el fracaso de la profecía, sino en todos los aspectos del fenómeno social. El pasaje de la profecía al mito tiene su correlato al nivel de las prácticas con la aparición de los ritos.

Existe para las organizaciones sociales que han verificado un grado importante de institucionalización una posibilidad opuesta a la que ofrece el efecto Mühlmann: la autodisolución. Llegado cierto punto, junto con la conciencia de la contradicción que implica la negación del proyecto original, aparecen las crisis, las disidencias y las fracciones. La autodisolución aparece como la desembocadura habitual de la dinámica instaurada en las organizaciones por un proceso de institucionalización. Luego de analizar a los situacionistas, los surrealistas y otros grupos de vanguardia, Lourau llega la conclusión de que “todos, con estas u otras palabras, dicen: ‘constatamos que nuestra institucionalización fue demasiado lejos, tal que llegamos a un punto de negación del proyecto inicial’”¹⁰. Salida honrosa que no reniega ni tergiversa los orígenes del movimiento, la autodisolución es en ciertas circunstancias la práctica más radical de la lucha antiinstitucional.

Respecto de la velocidad con que se produce la institucionalización del movimiento obrero argentino en la década de 1930, es paradigmático el itinerario que en pocos meses realiza el movimiento huelguístico de trabajadores de la construcción en 1935, que comenzó de acuerdo a los principios de la acción directa anarquista y se resolvió con la institucionalización del conflicto mediante la intervención del Estado.

2. Adiós a la anarquía: vida de Varone

⁹ Lourau, René, “op. cit.”, pág. 33.

¹⁰ Lourau, R., “La revuelta contrainstitucional”, en *La letra A*, Buenos Aires, Año 2, N° 4, pág. 17.

Domingo Varone nació en el seno de una familia obrera de origen italiano emigrada a la Argentina a principios del siglo XX. Varone ingresó a los 18 años en las filas del *antorchismo*, el sector más radicalizado del anarquismo argentino. Por su militancia, sufrió la cárcel en varias ocasiones, llegando a purgar en Ushuaia una condena como preso político de la dictadura de Uriburu. En los años treinta, perteneció a la Alianza Obrera Spartacus, una efímera agrupación libertaria que adquirió cierto protagonismo en las luchas de los trabajadores de la construcción. Una vez producida la crisis que culmina con la autodisolución de esta organización, se afilió al Partido Comunista a mediados de la década del cuarenta. Varone publicó sus memorias en 1989 y murió un par de años después. El relato abarca sus años de infancia, su juventud en el anarquismo y culmina con su ingreso en el PC en 1946, en donde llegó a ocupar un lugar en el Comité Central.

La descripción de Varone de sus años de anarquista no difiere en mucho con los tópicos formales de otras autobiografías de militantes ácratas. Vidas errantes, itinerarios trashumantes tanto por el compromiso social como por la necesidad económica. La confluencia de ambos factores hacía casi obligatorio en estos militantes pasar un periodo como “crito”. El crito anarquista podía llegar a ser un mismo tiempo trabajador golondrina, organizador sindical, orador político y propagandista de la “idea”. No estaba ausente tampoco en las derivas rurales del crito cierto espíritu de retorno a la naturaleza, de huída de los asfixiantes males de las grandes urbes; siendo además esta la única manera en que era posible el “turismo” obrero en épocas previas al Estado de Bienestar.

Si el territorio es “sinónimo de apropiación, de una subjetivación cerrada sobre ella misma”¹¹, los territorios existenciales de estas vidas se constituyen en la persecución constante de flujos de desterritorialización. El itinerario de Varone incluye estadías provisionarias en General Pico, La Pampa, asumiendo la dirección del periódico *Pampa Libre*, luego de que fuera tiroteado por un grupo anarquista rival perteneciente a *La Protesta*; Rosario, donde ejerce su oficio de pintor y se convierte en secretario de la Federación Obrera Provincial (adherida a la FORA, central sindical anarquista); y Bahía Blanca, participando allí en los círculos ácratas que editaban el periódico *Brazo y cerebro*. Vuelto a instalar en Buenos Aires a mediados de los treinta, militó dentro de los gremios del transporte.

¹¹ Guattari, Félix, *Cartografías del deseo*, Bs. As., La Marca, 1995, pág. 208.

Escrita desde la perspectiva histórica del PC sobre el movimiento obrero, la autobiografía es una suerte de constante ajuste de cuentas con el pasado. Denostada como una etapa de infantilismo necesario para llegar a la madurez política, su trayectoria en el anarquismo es objeto de continuas diatribas. La madurez consiste en el orden y la disciplina organizativa considerados imprescindibles a la hora de obtener alguna conquista política. La acción antiinstitucional adolece, de acuerdo a Varone, de una creencia supersticiosa en la espontaneidad, condenada a producir un caos estéril:

El anarquismo, contrario a todo orden y disciplina, carece de una teoría revolucionaria científica y de una línea política y táctica consecuente. No puede tener continuidad histórica, y en el mejor de los casos actúa atraído por un idealismo utópico. Su doctrina, basada en la espontaneidad, llevó siempre al anarquismo a improvisar, a comenzar de nuevo, hasta desaparecer. Sólo quedó como una expresión individualista, intelectual o terrorista.¹²

Como es fácil de advertir, está presente en Varone un tópico recurrente de la discursividad de los sujetos institucionalizados: el fetichismo de la jerarquía. El orden, entendido como una estructura piramidal capaz de disciplinar a los militantes para que obedezcan los dictámenes emanados de las cúspides jerárquicas, se constituye como el garante de la eficiencia de la actividad política de una organización. Lo prolífico es asimilado al caos; la isonomía, a la desorganización. El fetichismo de la jerarquía consagra a la heteronomía como el modo de existencia legítimo de la institución, haciendo que la instancia instituyente quede siempre relegada un lugar inaccesible para los sujetos condenados a la tarea de meros ejecutantes de las órdenes ajenas.

Superando el recurso al “pecado de juventud” como retórica de la retractación, Varone adjudica su pertenencia al anarquismo al insuficiente grado de conciencia histórica alcanzado por la clase obrera argentina en las décadas del '20 y '30. Su traspaso desde el anarquismo al comunismo es entonces el fruto de un proceso social en el que

la experiencia, a medida que se asimilaba aquella ideología que, además de expresar los sentimientos de clase de los trabajadores, puso a la masa ante la evidencia de que su

¹² Varone, D., *op. cit.*, pág. 23.

inmensa fuerza necesitaba una organización que le diera unidad, disciplina, y le proporcionara no sólo la teoría sino también la táctica capaz de colmar sus aspiraciones de transformación social llevándola al triunfo.¹³

Aquello que queda obliterado por esta descripción es el proceso por el cual la agrupación a la que perteneció Varone con anterioridad a su afiliación en el PC, la Alianza Obrera Spartacus, entra en crisis debido al proceso de institucionalización del movimiento de trabajadores de la construcción en el que había logrado un notable protagonismo. En la perspectiva de Varone, el proceso por el cual un sector importante de la clase trabajadora fue asimilada por las potencias de lo instituido es un progreso cualitativo respecto de la adquisición de una conciencia de clase capaz de cuestionar lúcidamente los cimientos del modo de producción capitalista. En tanto que la organización jerárquica permitía conquistas políticas duraderas, “el principio insurreccional espontáneo del anarquismo, [estaba] históricamente condenado al fracaso”¹⁴

La etapa antiinstitucional de los comienzos del movimiento obrero es criticada por su “primitivismo anacrónico”. La sobrecodificación de la protesta a través de las vías creadas por el Estado para la canalización del conflicto social es, desde la perspectiva de Varone, un síntoma del avance de las organizaciones obreras. Por esta razón, describe a un militante anarquista partidario de la acción directa en estos términos: “Silveyra, [era el] producto inmaduro de una clase proletaria que surge violentamente a la lucha por sus derechos más elementales.”¹⁵

Las memorias de Varone participan de una tradición autobiográfica como es el relato de una conversión que tiene sus raíces en las *Confesiones* de san Agustín. Como señala, Arfuch, el proceso de conversión conlleva la realización de un proceso por el cual el sujeto se vuelve “aceptable para la mirada divina”¹⁶ Para Varone, volverse digno de aceptación, ya no como en el caso del obispo de Hipona ante los ojos de Dios, sino ante la institución encarnada en el Partido, implica un arduo renegar de todo aquello vinculado con la herejía antiinstitucional. Para que no queden dudas de su fidelidad, la profesión de fe del converso debe dejar asentado de manera recurrente en el texto que “solamente un partido

¹³ Varone, D., *op. cit.*, pág. 27.

¹⁴ Ibíd..

¹⁵ Varone, D., *op. cit.*, pág. 33.

revolucionario, homogéneo ideológicamente, disciplinado (...) puede marchar airoso dentro de la marejada [revolucionaria]”.¹⁷

Theodor W. Adorno le adjudicaba a Kant un “pusilánime horror burgués por la anarquía”¹⁸ por el cual la libertad quedaba subordinada a la ley, que a su vez era entendida como una constante sin relación alguna con las relaciones de poder concretas. Este temor por la posibilidad de un devenir social caótico como consecuencia de un cuestionamiento radical de la institución, no es sólo un defecto de la filosofía kantiana sino una afección recurrente en los sujetos sociales. El efecto de la institucionalización en Varone se traduce en una aceptación de la heteronomía instituida con su correlato de organizaciones jerárquicas y disciplinadas, en la que rige una férrea división del trabajo político.

3. Liborio Justo: los devenires minoritarios

Liborio Justo saltó internacionalmente a la fama durante la visita a la Argentina, en 1936, de Franklin D. Roosevelt. En el recinto del Congreso Nacional, mientras se realizaba un acto del que participaban el presidente norteamericano y Agustín P. Justo, primer mandatario de la Argentina y padre de Liborio, dio un estentóreo “¡Abajo el imperialismo!”. Justo provenía de una familia acomodada. Su padre, había sido ministro de Alvear y accedió a la presidencia mediante elecciones fraudulentas, sucediendo al general Uriburu en ese puesto. Espíritu inquieto y emprendedor, aunque incapaz de concentrarse en la realización de ninguno de sus proyectos; viajero incansable, recorrió América de un extremo al otro gracias a las más inverosímiles excusas y argucias. Pasó fugazmente por el Partido Comunista a mediados de los años treinta, adhiriendo luego a las primeras formaciones trotskistas argentinas.

Una interpretación fácil sería ceñir la vida de Justo al cliché de “la rebelión contra el padre”. Toda su trayectoria política se vería reducida, de esta manera, a una pulsión de oposición a la autoridad paterna que lo llevaría a ubicarse en el polo político opuesto. Una visión familiarista de las relaciones sociales, haría de su adhesión al trotskismo y su intento

¹⁶ Arfuch, L., *op. cit.*, 104.

¹⁷ Varone, D., *op. cit.*, pág. 59.

¹⁸ Adorno, T., *Dialéctica Negativa*. Madrid, Taurus, 1986, pág. 249.

por construir una sección argentina de la Cuarta Internacional, la escandalosa expresión política de un conflicto personal con su padre. El propio Justo se encargó en su autobiografía de disipar esta clave interpretativa. Cuando se refiere a Agustín P. Justo lo hace con palabras mesuradas que ubican al padre como una víctima de las circunstancias:

Mi padre nunca había aspirado a la presidencia de la República. Hombre culto, liberal, sencillo y, entonces, austero, con espíritu civil, pero militar, al fin, tuvo máxima aspiración llegar al ministerio de Guerra.

[...] “las circunstancias” (él mismo me lo dijo) lo llevaron a donde, (...) no lo llamaba su interés por la función administrativa.¹⁹

Queda en claro, entonces, que su rebelión política no es el resultado de un ajuste de cuentas de las disputas domésticas, es el repudio a la clase en cuyo seno había nacido.²⁰ Liborio Justo comienza su autobiografía trazando un linaje patrício en el que figuraban un fundador de la Sociedad Rural Argentina, un gobernador de Corrientes en la época de la organización nacional, y un integrante de la “conquista del desierto”. “Por las raíces de mi sangre, comentaba Justo, estaba sumergido en la entraña misma de la historia nacional”. Pero la pertenencia a este linaje no da derechos ni privilegios. Es por el contrario un lastre del que se deshace presuroso, como un primer modo de escape de la sociedad burguesa en la que se sentía “encarcelado”. Al enumerar las causas que lo llevaron a enfrentarse con el régimen político de su padre, Justo ubica en primer lugar “la opresión social producida por el orden existente que me impedía lograr el pleno desarrollo de mi personalidad”.

Su autobiografía es el relato de un éxodo individual hacia un devenir minoritario. Como señala Néstor Perlongher siguiendo a Gilles Deleuze, “devenir no es transformarse en otro sino entrar en una alianza (aberrante), en contagio con el diferente”.²¹ Lo minoritario no es entendido aquí en un sentido demográfico, sino que es aquello que se opone a las formas hegemónicas de la subjetividad. Hay en el éxodo personal de Liborio Justo una apertura hacia una multiplicidad de devenires: un “devenir mensú” en su viaje a

¹⁹ Justo, L., *op. cit.*, pág. 180-181.

²⁰ Liborio Justo no es el único que emprende una senda política que lo lleva a distanciarse de su origen familiar acomodado. Puede hallarse un itinerario similar en la vidas de Hipólito Etchehébère y Horacio Badaraco.

²¹ Perlongher, Néstor, “Los devenires minoritarios”, en Ferrer, C., (comp.) *op. cit.*, pág. 216.

la selva misionera en el que sufre en carne propia los rigores del régimen de semi esclavitud que imperaba en el noroeste argentino. Puede encontrarse también “un devenir negro” que se conjuga durante su estadía en EE.UU. con su “devenir revolucionario”: Liborio Justo gustaba de entremezclarse con la población local en los sudorosos bailes de Harlem al final de su jornada como vendedor de la prensa comunista en el barrio negro neoyorquino. Abolido por su propia mano su linaje patrío, Liborio Justo se realiza varios tatuajes durante sus excursiones a los tugurios del Bowery, marcando en su cuerpo la alianza con la “hez” de la sociedad capitalista.

Parafraseando a aquel personaje que Deleuze y Guattari citan en *El Antiedipo*, Liborio Justo también podría decir: “Es posible que yo huya, pero a lo largo de toda mi huida busco un arma”.²² La de Justo es una fuga en todos los sentidos: fuga territorial, un afán de desterritorialización que le impide afincarse en un mismo sitio por un lapso prolongado. Pero también una fuga de su clase social de origen impulsada, como él mismo comenta, por “un deseo de haber sido hijo de un proletario, o mejor aún, haber salido de una casa de expósitos”.²³ Deseo de soltar amarras con un mundo que consideraba en decadencia, sometiéndose a una “reeducación desde la base” cuyo rasgo principal consistía en codearse con “marineros, vagabundos, prostitutas y hombres que hablaban todas las lenguas y llegados de todas las latitudes”. Justo confiesa que por entonces, sólo sentía a gusto en su deriva por los bajos fondos porteños, porque allí, en medio de la pléyade de marginalidades heteróclitas: “las relaciones humanas [eran] naturales y simples”.²⁴ Los márgenes son para él un refugio contra las disciplinas laborales y familiares que impregnán las relaciones sociales. Una fuga de las modelizaciones de la subjetividad mayoritaria hacia un nomadismo de los márgenes lumpenizados. Refractario a las imprevisibles fluctuaciones del deseo, amante del orden y las identidades definidas, el Estado disponía de un andamiaje legal –cuya punta del iceberg eran ciertos adefesios normativos conocidos como edictos policiales– que le permitía poner coto a los desmadres libidinales.

La utopía del éxodo perpetuo se agota rápidamente y Justo decide retornar a su país. Desembarca pertrechado de un pesado bagaje ideológico adquirido en contacto con el movimiento obrero estadounidense, interiorizándose de las disputas entre stalinistas y

²² Deleuze, Gilles y Félix Guattari, *El Antiedipo*, Barcelona, Piados, 1998, pág. 287.

²³ Justo, L., *op. cit.*, pág. 41.

²⁴ Justo, L., *op. cit.*, pág. 50.

trotskistas alrededor del estatuto teórico de la Unión Soviética. Su ingreso al PC se produce en 1935, luego de su retorno de los EE.UU. En oposición a la efervescencia de la izquierda norteamericana, el ambiente intelectual argentino se le presentaba carente de entusiasmo: “había demasiados ‘poseurs’ y revolucionarios de salón”.²⁵ De todos modos, decidió ingresar en el Partido Comunista puesto que “aparentemente no había un partido más revolucionario”. Su adhesión duró poco; apenas año y medio. La participación en la organización partidaria lo llevó a convencerse de que el PC “no representaba ahora sino la descomposición burocrática del proceso soviético”. Reemprende entonces su deriva política hacia el margen izquierdo del espectro. Intenta construir, una sección argentina de la Cuarta Internacional, para luego romper con el mismísimo Trotsky acusándolo de agente del imperialismo.

La autobiografía de Liborio Justo es un relato de autoafirmación en el que se busca “la aceptabilidad del propio yo en la trama comunal de los otros”.²⁶ Destruir el linaje al que pertenecía, renegar de sus orígenes, eran etapas de una misma estrategia para ser aceptado por las subjetividades minoritarias y poder contaminarse de ellas. Entre los habitues de los tugurios, Liborio oculta el lazo familiar que lo liga con el presidente de la república. Para construirse un devenir, hay que falsear la identidad. Tal parece ser la moraleja que destila el relato de Justo.

4. Conclusión

Las vidas de Liborio Justo y Domingo Varone siguen direcciones opuestas pero sin llegar a encontrarse nunca. Mientras que en su propio relato, Justo actúa como si estuviera dominado por una pasión por la abolición de toda territorialización, la búsqueda de los contactos interdictos por los códigos sociales y una repugnancia hacia la proximidad de la institución; Varone, en cambio, exhibe una fidelidad sin fisuras a los postulados de la institución, deshaciéndose en elogios hacia las bondades de la disciplina partida y las organizaciones jerárquicas. En su autobiografía, Varone describe la cristalización

²⁵ Justo, L., *op. cit.*, pág. 176.

²⁶ Arfuch, L., *op. cit.*, pág. 104.

identitaria definitiva del converso. En tanto que Justo reniega de su origen para darle más fuerza a la reivindicación de su herejía, Varone apela a su origen proletario como un fundamento legitimador de su burocratización política. El antiguo anarquista pide perdón por haber publicado en su juventud un texto en que criticaba a Victorio Codovilla. Su juvenil irreverencia lo había llevado a afirmar, luego de escuchar hablar al dirigente comunista que acababa de retornar de la Unión Soviética: “Codovilla fue a Rusia y no vio nada”. Años más tarde, Varone se vio afectado de una ceguera política voluntaria de similares características. Iconoclasta megalómano, perenne insubordinado, la irreverencia de Justo no encontraba obstáculo capaz detenerla. De allí, que emitiera lapidarios dictámenes sobre los principales hombres de letras argentinos o que se sintiera autorizado para acusar, sin mayores pruebas, a Trotsky de ser un agente de Wall Street.

El proceso de institucionalización del movimiento obrero y las organizaciones que participan de él aparece reflejado de manera disímil en las biografías analizadas. Aquello que Justo repudia al salir del PC es el fenómeno que Lourau denomina principio de equivalencia generalizado. Extensión del concepto económico de equivalencia de las mercancías elaborado por Marx, el principio de equivalencia generalizado apunta a que las nuevas fuerzas sociales generen formas semejantes en mayor o menor grado a las actuales, pero dejando siempre intacto el lugar del Estado como garantía metafísica de lo social.²⁷ En tanto que lo que Varone admite, al afiliarse al Partido Comunista, es la tergiversación del proyecto originario del movimiento, mediante la cual se ocultan las contradicciones entre el presente institucionalizado y el pasado contrainstitucional. Esta aceptación, representada en la autobiografía de Varone, parece haber sido la actitud ampliamente dominante entre los militantes del movimiento sindical de los años treinta. De allí, que pueda fecharse hacia aquella época, la desaparición de las corrientes sindicales movilizadas por algún grado de antagonismo con los poderes estatales.

²⁷ Lourau, R., “Instituido, instituyente, contrainstitucional”, en Ferrer, Christian (comp.), *El lenguaje libertario*, Montevideo, Nordan – Comunidad, 1991, pág. 36.